



SEGUNDA ÉPOCA.

Seminario de*** 1.º de Enero de 1793.

Han transcurrido seis años de mi juventud sin haber dejado huella alguna de su paso. Los días, las noches, las mañanas, las tardes, todos los días en fin, fueron otros tantos pasos iguales dados por un mismo camino, y sólo he conocido que trascurrian al calcular su número. El claustro con sus ennegrecidas columnas me ha ocultado en su sombra; las baldosas han contado mis silenciosos pasos desde mi elevada celda

al melodioso coro; la meditacion, el rezo y el estudio han acabado por atrofiar mis sentidos en fuerza de una glacial costumbre; esos oscuros corredores, esas naves, esos gruesos muros han derramado profusamente sobre mi frente su silencio y su paz; durante mis interminables veladas apenas han penetrado hasta aquí los incitantes recuerdos, los sentimientos del bien perdido, las imágenes de libertad, de amor, de risueños paisajes; aquí todo se impregna por grados de la paz del Señor cual se estampan en las naves los matices de la aurora al atravesar los ventanales pintados de vistosos colores. ¡Cuán dulce es depositar en Dios el corazón entero, como se guarda un perfume en un pomo de oro para conservar su aroma! ¡Cuán grato haber puesto á tanta altura las miras, tener el camino ya trazado, y acariciar seis años el mismo pensamiento! Así es que la página en que anoté mis días está en blanco. ¿Qué podía haber escrito? El Dios á quien he servido constantemente, el cuidado de sus altares, la adhesión á su morada, han alimentado por igual todas mis horas, y su mano, abierta siempre á la mía, me ha guiado sin tropiezo ni percance alguno. ¡Ah! ¡Ojalá fuera toda mi vida una página en blanco, merced á los esfuerzos del corazón que sabe reprimir mis pasiones!

.....

Febrero de 1793.

Muchas veces, cuando las nocturnas tinieblas que van creciendo de pilar en pilar, invaden todo el claustro, cuando despues del toque de la oracion y de la cena, los seminaristas diseminados van á sentarse en los bancos y buscando cada cual á su amigo predilecto entre ellos, le abre su corazón en voz baja y á la sombra; yo, que todavía no he encontrado aquí amigo alguno, porque un corazón sobrado lleno no sabe amar á medias, me esquivo, y yendo en busca de ese confidente supremo cuyo amor es siempre igual á lo que ama, penetro en su templo por la puerta excusada, y deposito á sus piés toda mi alma.

¡Osian! ¡Osian! Cuando en mi primera juventud soñaba con las brumas y los montes de Inisture; cuando, con tus versos en el corazón y tu arpa en la mano, penetraba durante el invierno en bosques sin senderos y escuchaba entre las malezas el soplo de la brisa como si fuera el alma de los muertos, y los cabellos azotaban mi frente, y los torrentes, bramando de horror al borde de los devoradores abismos, lanzaban á mi rostro su espuma y sus mugidos, al precipitarse desde el cielo sobre las humeantes peñas; cuando los troncos de los abetos temblaban como débiles cañas y sacudían la nieve de sus copas, sobre las cuales revoloteaba el cuervo, y una bruma helada, rasando esos agrestes picachos, me rodeaba de tormentas como á un hijo de Morven; si llegaba

á rasgar algun súbito relámpago la espesa niebla, y el sol reanimado me lanzaba una mirada y con uno de sus húmedos rayos, que luchan y se disipan, alumbraba á mis piés el abismo del espacio, exaltados entónces todos mis sentidos por el aire puro de los altos lugares, por aquella soledad y aquella celeste noche, por los sordos estruendos que la borrasca arrancaba á los pinos, y por las glaciales escarchas que b'aqueaban mi cabeza, elevábase mi alma hasta el tono de un sonoro instrumento de cuyas vibraciones brotaban arrobamientos y éxtasis; y mi corazon palpitaba comprimido en el pecho; y mis lágrimas corrían como emanadas de un manantial divino; y aplicaba el oido y extendía los brazos; y, cual un insensato, me ponía á andar á grandes pasos; y parecíame alcanzar en la sombra de la nube la sombra de Jehová llevada en alas de la tormenta; y creía percibir en el aire los sonoros ecos de su voz que la tempestad se llevaba al caos; é inundado de júbilo y de amor por todos los poros de mi cuerpo, habria deseado tener un alma y acentos á propósito para contemplar mejor la naturaleza y fundirme aún más en ella, y crearme nuevos sentidos para entregarme á nuevos y enajenados arrebatos!

Momentos son esos de inefables delicias, cuyo cáliz no permite Dios que apuremos; relámpagos de luz y de ventura que confunden la vida con la eternidad. Nuestra alma los recuerda como se recuerda una idea

pasajera que cruzara por ella en sueños. ¡Ah! cuando yo los gustaba, ¡cuán léjos estaba de creer que en la tierra brotaban tambien de un manantial eterno!

Pues bien; cuando traspuse el umbral del oscuro templo, cuyas sombras me rodearon la segunda noche; cuando veo interpuestos entre el mundo exterior y yo esos anchos muros amasados por los siglos y por la fe; cuando vago con silencioso paso por este profundo asilo, soledad de piedra, inmóvil, inmutable, imágen de la mansion habitada por el mismo Dios, en la que todo es profundidad, misterio, eternidad; cuando los rayos del sol en su ocaso extinguen su postrer destello en los ventanales; cuando escintila en el fondo del santuario una luz oscilante, parecida á un ojo abierto en medio de la noche; cuando la voz de la campana se disipa en sonidos ténues, y apoyado yo contra un pilar sonoro, lo oigo vibrar como la clave de un celeste instrumento, conmoviéndome su resonancia, y la inmensa catedral, con sus muros, sus torres, su bóveda sepulcral, parece estremecerse desde la cúpide hasta sus cimientos como un sér animado al oír la voz que sale, armonizando con ella en mútuo trasporte; y cuando, al alzar la vista del pavimento á la cúpula, siento que en este vacío me escucha un oido, y que un amigo invisible, difundido por la nave, me atrae y me habla un lenguaje convenido, y se comunica conmigo en íntimo silencio, y me envuelve y abisma en su anchuroso seno; en-

tónces, cayendo de rodillas sobre las duras losas y cubriéndome los ojos con un pliegue de mi traje cual hombre sorprendido por la tempestad del alma, deslumbrada la vista por mil fulgurantes relámpagos, me cobijo silencioso en el seno del Señor y le escucho y le oigo confundiendo con los suyos mi corazón y mi voz: no hay lengua humana capaz de expresar lo que entónces ocurre en tan piadoso deliquio: el alma experimenta un instante lo que experimentan nuestros ojos cuando, fijándolos en la orilla del mar junto á un escollo, se proponen contar las oleadas cuya espuma chispea á los rayos del sol, corre, brota y humea, y cegados por los relámpagos y por aquel hervor, al fin no ven sino olas, luz y movimiento; ó bien lo que sienten los oídos cuando, adquiriendo cuerpo en los picos del monte Blanco una onda sonora que rueda, repercute y muge, se esfuerzan en vano en medio de tan estruendoso ruido, por distinguir un sonido del sonido que le sigue en los choques sucesivos que estremecen la tierra, acabando por no percibir más que la vibración de un interminable trueno.

Y luégo ese ruido se amortigua, y el alma, adormeciéndose, flota en el infinito sin alas, sin esfuerzo, sin afianzar su vuelo en ningún pensamiento, ántes bien inmóvil y muerta y vagamente mecida, con el sentimiento que se experimenta cuando soñamos que un torbellino de estío nos arrebatara y, prestándonos

el viento por un instante sus impalpables alas, nos cernemos en el éter sembrado de centellantes astros, y recibiendo más dulces rayos, cobramos nuevo calor en el foco de los soles que se van acercando á nosotros. Así es que en vano resuenan para mí una tras otra las horas de la noche, y cuando vienen á cerrar la divina morada, y las macizas puertas de bronce giran sobre sus goznes estremeciendo la bóveda subterránea, me alejo con mesurado paso, y mi helada mano enjuga la gota de celeste lluvia, tibia todavía!....

.....

Seminario de *** 15 de Febrero de 1793.

En tanto que vivimos en el fondo de un mundo aparte, en Dios sólo, por él sólo y bajo su sola mirada, el otro mundo, animado de muy distinto espíritu vital ó de un hálito de muerte, de cólera y de envidia, rebrama en torno nuestro, y hasta en este sagrado asilo persigue con sus furores á los servidores de Dios. Un gran pueblo, agitado por el espíritu de la destrucción, derrumba sobre sí todo cuanto le domina: y proponiéndose renovar trono, altares, costumbres y leyes, lo abisma todo á la vez en pólvora y sangre. ¡Oh! ¿Por qué he nacido en esta procelosa época en que el hombre no sabe dónde reclinar su cabeza ni dónde termina su camino, y en que el es-

píritu de los humanos busca, tantea, vacila entre mil opuestos rumbos, no pudiendo permanecer sobre un pasado que se desmorona, ni echar de una vez el porvenir en el molde de su vida? ¡Metal extravasado que hierve y se escapa, corre, destruye, derriba, y devora y asuela, y consumiendo la mano que se acerca á su cráter, desarraiga de la tierra al hombre y al siglo! Venturoso yo, al ménos, puesto que el esplendor de la fe vive aún en mí y guía mis pasos, y apartándome de la impetuosa multitud, traza una ruta aparte á mi pobre pensamiento, ruta que conduce á un punto muy distinto que la de la tierra, que el mismo Dios alumbró y que no tiene fin.

Dícese que el poder se rompe en manos del rey y que el pueblo lo reduce á menudos fragmentos: ¡el pueblo, niño caprichoso y cruel que goza destruyendo, que jamás ensaya sus fuerzas sino para romper, y que obedeciendo al instinto de su genio brutal, no comprende el poder sino convirtiéndose en tirano! ¡Fuerza ciega á la que Dios suelta el freno de vez en cuando, así como al alud, así como al vendaval, para dar una corriente más rápida al éter, descargar un terrible golpe y producir un gran vacío!

23 de Febrero de 1793.

¡Oh qué días! ¡Qué días de dolor, de silencio y de espanto! La tierra del reino ha bebido la sangre del

rey; y la sangre de los súbditos exterminados á centenares corre por los arroyos como el agua de las fuentes. Cuantos llevan un nombre esclarecido, ó se distinguen por su genio ó su virtud, caen al punto bajo el nivel del crimen: el dedo del delator hace una seña al verdugo: ¡la única ley del pueblo es la sentencia de muerte para los más dignos! ¡Su hacha prefiere al justo y escoge al inocente! ¡La inocencia es su crimen! ¡Oh pueblo ébrio de sangre, tú destruyes con tus manos el error que nos ciega, y tu ejemplo sirve de disculpa á todos los tiranos!

28 de Febrero de 1793.

Día y noche me dedico á profundizar en mis reflexiones ese sangriento abismo de las revoluciones, remedio ó dolencia del gran cuerpo social, que rompe ó rejuvenece la entorpecida máquina; esfuerzo incalculable de la naturaleza que obliga á la vida y á la muerte á trabar en su seno una lucha tremenda.

Para equilibrar los platillos de la balanza en que se las quiere pesar, es preciso acallar las pasiones y los intereses del siglo; tiembla la mano del que se propone juzgarlas muy de cerca, del propio modo que al juez que da principio á su carrera, el polvo mundanal le oculta con frecuencia el fin á que desea llegar. Pero yo, jóven, sepultado en la sombra del

santo asilo, apartado del siglo y viéndolo todo únicamente á través del prisma divino, tal vez juzgo desde una altura sobrado elevada ese problema, ese proceso eterno del tiempo contra sí mismo, esa lucha fatal en que el pasado vencido, dice, como única razón para continuar viviendo: «He vivido.» ¿Quién puede sondear los insondables juicios de Dios? ¿Quién será capaz de decir dónde termina su obra comenzada? ¿Quién usurparle el cuidado de los mundos futuros? ¿Decirle como al mar: «No pasarás de aquí?» ¿Colocar su grano de arena ante ese océano, y agotar con una palabra el abismo inagotable? Méenos insensato sería el que dijese al sol: «¡Aguarda á lucir para cuando yo despierte: limita á mi horizonte tu fecunda luz, y cuando mis ojos se cierren, extínguete para el mundo!»

No: Dios no ha confiado á nadie sus propósitos; la naturaleza y el tiempo no le comprenden, y si deja traspasar algo de sus misterios, busquémoslo sólo en él, ¡porque en él se basa todo! Él, tan sólo él levanta una punta del velo que tiene sumidos en la duda nuestros espíritus, y dice: «¡Ved!» ¿Qué anuncia la naturaleza en su marcha eterna? ¿Dónde detiene su carrera? ¿dónde descansa? ¿Cuál de esos mil soles que giran á la vista de Dios, centellantes rayos de su celeste eje, duerme en medio de su inflamada órbita? ¿Qué ruta de los cielos hay cerrada ante ellos? ¿Qué oleada de los aires se entrega á indolente reposo?

¿Qué gota de los mares duerme en el lecho del pié-lago? ¿Qué océano, reclinado en eternas riberas, cesa de devorar ó de engendrar playas? ¿Qué montes han sofocado su crisol subterráneo? ¿Qué era ayer lo que será mañana? Y desde el grano de arena hasta la roca, desde el alma hasta la materia, desde el abismo de los cielos hasta el átomo de polvo, ¿puede álguien, sino Dios, reconocer en semejante movimiento una forma, un elemento, un sér? ¡En ese trabajo que cambia, rompe y procrea, se adivina que fermenta en el Universo una levadura eterna, que la mano creadora está siempre atenta á su obra, que la carrera del Sér eterno es eterna, que el tiempo nace del tiempo, la cosa de la cosa; que si una forma perece, es para que otra salga á luz; que en todo sér, el fin es principio; el padecimiento, trabajo, y la muerte, alumbramiento!

En vano el hombre, orgulloso de esa nada fundada por él, se cree él sólo exento de esa ley del mundo, cierra su símbolo y dice por milésima vez: «Ese Dios será tu Dios, esas leyes tus leyes.» A cada cosa que juzga y proclama eterna, responde al punto el estrépito de una caída, y el tiempo, cuya marcha no le es posible detener ni acortar, se encarga de confundirle y desmentirle á cada paso: á cada siglo, á cada hora arrebatada convertidos en polvo esos deleznales refugios de la sabiduría, esos imperios, leyes, altares, dioses, legislaciones, tiendas que plantan las naciones para un sólo día, y que derriban las que las si-

guen para elevar otras nuevas, bagaje que al huir dejamos á nuestro paso, y que el porvenir menosprecia sin dignarse recogerlo.

Desde aquellos tristes días, cuya tardía historia nos ha conservado trabajosamente hasta estos momentos alguna memoria, ¿con cuántos cielos ha jugado el tiempo? ¿cuántas veces ha sacudido la tierra las leyes, las creencias, los dioses de otras épocas, como sacuden los árboles su seco follaje en la primavera? Tanto valdría preguntar cuántas hojas marchitas han abonado el suelo formado con sus restos, ó cuántos arroyos ó gotas de tempestuosa lluvia han henchido los mares sin límites ni orillas.

Sí, el espíritu del Señor trabaja sin cesar por el espíritu de los mortales, su ciego instrumento; ha dado por vida al pensamiento humano ese flujo y reflujo que le lleva y le arrastra, y si cesara de girar en ese círculo divino, si algún día se paralizara, ese día sería el de su fin. Mas para el espíritu humano siempre hay una idea delante de otra en el camino trazado á sus pasos; cobra impulso, llega al término del sendero, crea un mundo entero á su imágen, y no bien entra en la obra comenzada, cuando anhela ya correr tras otra idea. La réaliza y pasa adelante, y de impulso en impulso, llega á otro horizonte para trasponerle también; de este modo va legando sus quimeras de siglo en siglo: las verdades son para él madres de verdades, y Dios, al mostrárselas un día tras otro,

paso á paso, le conduce hasta donde se propone que llegue en nuestra baja tierra, límite que él solo ha fijado en su sabiduría, y al que jamás se alcanza, por más que sin cesar nos acerquemos á él.

Mas si el espíritu de Dios, trabajando por nuestras manos, ha condenado á los humanos á esos cataclismos, ¿cómo es que sella las revoluciones, ese solsticio de los crímenes, con la pura sangre de las víctimas? ¿Cómo es que el espíritu de amor, de justicia y de paz se presta á servir á la iniquidad, al odio y los desmanes? ¡Ah! Consiste en que, en su obra, trata con el hombre; la virtud las concibe, el crimen las consuma; el obrero es divino, el instrumento mortal; uno quiere cambiar de Dios, otro allana el altar, otro aspira á fundar la justicia sobre la libertad, otro hace que se derrumbe el edificio sobre todos los derechos: llega luego la noche fatal en que el combatido espíritu no acierta á discernir el crimen de la virtud, y en que cada partido toma horribles represalias. Las revoluciones son otros tantos campos de batalla en los que chocan en el tiempo dos derechos violados; cualquiera que sea el vencedor, ¡ay de los combatientes! El uno, poseedor celoso de infucua herencia, convierte en legítimo y sagrado título una injusticia inveterada, pretende que la opresion consagre al opresor, y cree vengar al cielo defendiendo el error: el otro, con el corazon agriado por antigua ofensa, no ve sino una venganza en la razon que luce, y armándose á su voz

de un derecho ensangrentado, quema, saquea y mata á golpes de verdad; el abismo atrae de esta suerte á otro abismo más profundo; pero ¿qué remedio? la razon tan sólo tiene la eleccion del crimen; ¿es forzoso que el bien ceda y retroceda para siempre? ¿es forzoso vencer el mal á copia de maldades? Ante tales mudanzas, el corazon del justo titubea: ¡desdichado el que las hace, feliz quien las hereda!

Seminario de *** 2 de Marzo de 1793.

¡Pobre madre! ¡pobre hermana mia! ¡Oh Dios! ¡Tambien la tempestad descende hasta tan humilde sitio! La morada de paz, de oracion y limosna, donde únicamente la caridad tenia modesto trono, no ha podido hallar gracia á los ojos de las facciones, y han entregado á las llamas ese techo donde habian llovido sus bendiciones, ese umbral donde se socorria siempre su miseria, y por el cual entraban la viuda y el huérfano como en la iglesia, ese aposento en que mi madre, con benéfica mano, curaba sus lacerados piés y les distribuía el pan! ¡Han expulsado á su providencia, se han entregado á horribles danzas en torno de sus muros humeantes, mientras que mi madre y sus hijos huían á los bosques guiados por el fatídico resplandor que salía de esos techos!

Así pues, todo cuanto amo ha sido arrancado de

la tierra, y si buscase la casa de mi padre, mis ojos no verian ya sino un lienzo de pared ennegrecido, y únicamente algun mendigo me diria: «¡Aquí estuve!» ¡Ah! ¡Ante esa horrible imágen de mi madre huyendo de las incendiarias teas del pueblo, siento en mí mismo que sólo Dios es capaz de otorgar el perdon á los humanos, y, si yo no hiciese pedazos mi corazon entre sus manos, sacrificaría cien veces mi vida á mi sed de venganza, ó mejor dicho, de justicia; con tal de castigar á sus verdugos con un puñal en cada mano, me entregaría á los dioses infernales, y vengando cada partícula de esa morada, iría á apagar cada chispa con una gota de sangre!

Seminario de *** 6 de Marzo de 1793.

¡Perdonadme, Dios mio! Sólo á vos corresponde la venganza. ¡Ah! Para desarmarla me postro de hinojos ante vos. ¡Que la falta y el horror de estos tormentosos dias caigan sobre la época, y no sobre sus cabezas!

Seminario de *** 8 Marzo 1793.

Un desconocido me ha entregado esta tarde un rollo cubierto con un pergamino: al punto he conoci-

do el carácter de letra, aún cuando por toda firma tenía una lágrima, y mientras leía su contenido, he basado mil veces, oh madre mía, esas palabras que me parecía oírte pronunciar, y besaba también esos doce luises, tu último recurso, dádiva que tu mano me entrega todavía en señal de despedida. ¡Oh! que no se separe de mí ese oro sagrado, ó, ya que es prenda de tu amor, inviértase tan sólo en hacer beneficios!

Seminario de*** 9 Marzo 1793.

¡Héme solo, huérfano en este mundo! Mi madre, acompañada de mi hermana, va errante por el anchuroso piélagos, á merced de los vientos y del mar, en busca del pan amargo que pueda ofrecerles un pariente desconocido, y á cambiar de cielo, de amigos, de corazón y de costumbres, en un continente poblado de soledades!

«¡Huye, parte, ven, hijo mío, me dice mi madre; envíete Dios todo el amor que arde en esta despedida! No disfrutaré un solo día de calma durante tu ausencia; aléjate de un suelo devorador que proscribela inocencia y en que hasta la misma oración es un crimen mortal. ¿Para qué necesita sacerdotes el que no tiene ya altar?...»

¡Ah, madre mía! La ternura que por mí sientes te

extravía. ¿Acaso deja de soplar el espíritu cuando las chispas son escasas? Aún cuando no pudiésemos encender otra vez aquí más que una, aún cuando sólo tuviésemos una lágrima que enjugar en unos ojos turbios, eso bastaría para no alejarnos de esta tierra, para alimentar en nuestros senos el fuego del santuario, para continuar en el templo, y para vestir la túnica del levita ó la del mártir. Sí, me quedaré...

Gruta de las Águilas, en la cumbre de los Alpes
del Delfinado, 15 Abril 1793.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Grabemos, al menos para recuerdo mío, la historia lamentable de estos dos meses tan abundantes en acontecimientos.

El pueblo, amotinado dando crédito á una noticia falsa, allana el umbral sagrado, nos hiere y nos persigue; embriégase de vino en el oro de los santos cálices, entona mofándose los cánticos de los sacrificios, y como si no se atreviera á destruir el altar, por ser novel aún en tales desmanes, lo viola ántes de socavarlo. Los sacerdotes, defendiéndose únicamente con las armas de la oración, son arrastrados por el polvo; los unos tiñen con su proyecta sangre aquellas queridas losas; á los otros se les destina al patíbulo; algunos como yo, á quienes su misma juventud sirve de escudo y cuya tersa frente excita interés y com-